

ceramente á Juana: la sentencia por la cual fué declarada inocente, no habia podido arrancar de su pecho la sierpe de los zelos, y la venganza era grata á su corazon.

—Sire, repuso, sois nuestro amo y señor, os debemos fé y obediencia; pero os pedimos piedad y merced.

—No os queremos mal, señora, sino muy al contrario, bienes, dicha y fortuna, por lo que deseamos que vayais á vivir en el hotel de Nesle, del que, desde luego os hacemos entera, perpétua y formal donacion. Allí tendréis vuestros grandes y pequeños aposentos, donde podréis holgaros de día y de noche; allí podréis disfrutar de la hermosa vista que tiene la torre, cuyas ventanas dan al rio.....

—Ah! señor ¿por qué quereis martirizarme así el corazon todos los dias de mi vida?

—Nada queremos que no sea justo y puesto en razon.

—Señor, en nombre del Salvador, permitidme mas bien que me retire á un claustro.

—Y señora ¿qué mejor claustro que el que os quiero dar? Hállase hoy en el mismo estado que ántes; ninguna variacion se ha hecho en él, á no ser la de los guardas y de los sirvientes, que incontinenti os vamos á elegir para que desde mañana podais tomar posesion de vuestro nuevo domicilio.

Al día siguiente, Juana se dejó conducir poseida de un terror secreto á ese palacio, á esa torre que fueran testigos de esas orgias y de esos crímenes cuya cruenta expiacion habia comenzado ya de una manera terrible.

Desde aquel momento no pudo disfrutar de un solo instante de tranquilidad: tuvo que comer en aquella mesa en que pasara tantas horas entregada á la doble embriaguez del vino y del amor; en esa mesa donde se sentaron al lado suyo aquel bonito page Oliverio y todos esos jóvenes caballeros ó estudiantes que le traia el infame Orsini; tuvo que esperar vanamente el sueño, que los remordimientos apartaban de sus párpados en ese mismo lecho que aquellos desgraciados habian invadido poseidos de los deseos mas vehementes de los placeres y de la voluptuosidad, y del que habian salido para ser muertos á puñaladas..... Allí estaba el cuarto donde se cometian todos esos asesinatos; allí la pieza donde aguardaban Orsini y sus bravos que llegara la hora del degüello; desde aquella ventana habia visto á Buridan lanzarse en el rio!.....

La desdichada no podia dar un solo paso; no podian sus miradas fijarse en un solo objeto, sin que su corazon comprimido no sintiera las aspas de hierro del remordimiento: durante el día, era una tortura horrible é incesante, mas horrible aún durante la noche: si alguna vez el cansancio cerraba sus escavados ojos, atormentábanle sueños espantosos: no entreveía mas que sangre y cadáveres, y aún al despertar, no podia borrar de su mente aquellas horrendas apariciones. Entonces, Juana se arrojaba de la cama y caía de rodillas implorando al Omnipotente.

tente y esforzándose en vano en alejar con la mano aquellos espectros horripilantes que veía en derredor suyo y que se acercaban para asirla.....

—Rogad á Dios por mí,—gritaba á sus sirvientes,—rogad á Dios por la gran pecadora!

Y ella misma procuraba alzar su debilitada voz al Ser Supremo, procuraba dedicarle todos sus pensamientos y sus aspiraciones; pero el temor que la tenía siempre jadeante no le dejaba bastante libertad de espíritu para que pudieran ser eficaces esos tardíos esfuerzos de contrita devoción. Con bastante frecuencia, después de haber pasado la noche postrada de esa manera y presa de sus visiones horribles, caía sin sentido y se quedaba en ese estado hasta que sus camaristas venían al amanecer á prodigarle sus cuidados.

Blanca, aunque había obtenido el perdón de su marido, no tenía á pesar de esto, la conciencia muy tranquila; de vez en cuando venía á visitar á su hermana, pero ambas, al verse, tenían recuerdos, que eran otros tantos remordimientos.

—Hermana mía,—le dijo un día Juana,—ya que estoy condenada á una reclusión eterna en este lugar, ¿no os fuera posible obtener de monseñor el rey el permiso de convertir este palacio en un monasterio? Creo que entonces me dejarían más tranquilas esas fantasmas que continuamente me persiguen, y á fé que es ya tiempo de que esto sea; porque no hay cuerpo ni corazón humano capaces de soportar por más tiempo el horrible martirio que estoy sufriendo.

—Lo haré con gusto,—contestó Blanca;—pero temo que no den ningún feliz resultado los pasos que voy á dar, pues el rey mandó con toda intención que todo lo que hay aquí quedase en el mismo estado, en que estaba cuando nos trajo por primera vez nuestra prima Margarita.

—Es tal su enojo, que nada pueda aplacarlo, y que no quiera permitirme le pida á Dios el perdón que él se obstina en negarme? Que me nombre más bien, á otros jueces que examinen mi conducta pasada y que me sentencien á perecer en un cadalso, pues lo que aquí se padece es más terrible que no mil muertes.

El rey, como lo había previsto Blanca de Borgoña, no quiso permitir que se hiciera cambio alguno en el palacio de Nesle.—Dijo que si la reina, su esposa, era inocente, cual lo proclamaron el rey Felipe el Bello y el tribunal que la juzgó, no podía desagradarle aquella morada; y que si al contrario, era culpable, nunca sería demasiado riguroso el castigo. Añadió que en todo caso, sería una profanación el convertir un lugar tal en monasterio, y que esto equivaldría á colocar el paraíso en el lugar que ocupa el infierno.

Juana siguió, pues, sufriendo aquel horroroso tormento moral.

Esa mujer poco ha tan hermosa, tan hechicera, se había vuelto un verdadero esqueleto: juventud, belleza, todo había desaparecido: al través de su cutis amarillento y lleno de arrugas, se percibían los huesos y los músculos; las pupilas de sus ojos, hundidas en sus órbitas, no despedían más que un resplandor pálido y fúnebre; habíansele encanecido los cabellos y sus largas manos secas y descar-

nadas y que incesantemente se estaban crispando, acababan de darle un aspecto horroroso.

Un acontecimiento que debemos referir vino á aumentar aquella vida de atroces padecimientos.

Era en 1321.

Hallábase entonces en las cárceles del Châtelet un hombre que si bien por el nacimiento y el nombre que llevaba era de poca importancia, sí poseía una fortuna considerable, merced á que había sido durante muchos años intendente general y apoderado de varios señores feudales muy ricos: este individuo había creído que siendo poseedor de tantos bienes podía tratar á los villanos de la misma manera que lo hacían los grandes feudatarios para con sus vasallos. Un día que lo estaba impacientando con reclamos sobradamente justos uno de sus arrendatarios, al que había querido trasquilarse demasiado, éste le dijo en un raptó de indignación, que obtendría justicia por las vías legales ó de otra manera; nuestro ex-intendente general le contestó con una estocada en el pecho que lo mandó al otro mundo con sus reclamos, sus quejas y sus amenazas.

Pero esto no pasó sin ruido y sin escándalo; al oír los gritos del muribundo acudieron muchas gentes del pueblo que, al saber lo que acababa de acontecer, empezaron á saquear la casa de aquel villano que mataba así á las gentes que estaban hechas con la misma harina que él; después encontrándole oculto en su escondite, apoderáronse de su persona y lo entregaron á la policía, que según costumbre, llegó cuando todo hubo concluido.

El delito estaba patente; cien testigos podían declararlo; el reo no era noble; luego el negocio era muy sencillo; fué sentenciado á la horca.

No sabemos cuál es el pícaro enriquecido que ha dicho: "A un hombre que tiene cien mil duros de renta no se le cuelga;" pero tal era también la opinión del de quien vamos hablando, pues luego que le leyeron su sentencia, en vez de pedir un sacerdote, mandó suplicar al preboste de París le hiciera la gracia de venir á la cárcel del Châtelet á oír algunos descargos particulares que quería hacerle confidencialmente.

El preboste, que se llamaba Capetal ó bien Chappesel (1) no era rico, pero estaba muy dispuesto á serlo, y para lograrlo no había de desperdiciar ninguna ocasión.

Pasó á ver al reo, quien de buenas á primeras comenzó á decirle que era muy ridículo pensar siquiera en colgar en una picota á un hombre tan opulento é importante como él.

—Vaya, vaya,—dijo el preboste,—algunos pollos más gordos que vos hemos visto ahorcados, como vais á serlo dentro de algunos días... por más señas que en la mismísima picota ha sido atado poco ha monseñor Enguerrando de Maigny.

(1) No están de acuerdo los historiadores sobre el nombre de este personaje.

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. N. L.

—Enhorabuena; pero monseñor de Marigny,—dijo el sentenciado á muerte,—tenia que habérselas con el rey Luis el Hutino que, cuando se había puesto una cosa en la cabeza había de salir con ella; pero tal no me sucede á mí; nada tienen que ver conmigo ni el rey ni su corte; vos sois quien correis con mi negociado, vos solo podeis arreglarlo, y si os place recibir unas tres mil libras en buenos, nuevos, y magníficos escudos.....

—Es que,—repuso el preboste que ya había tomado su resolución,—tres mil libras son muy livianas cuando tienen por contrapeso la vida de un hombre; además, el juicio siguió todos sus trámites, las pruebas son patentes, la sentencia está puesta categóricamente y en toda forma, y así, es de absoluta necesidad que se ejecute; preciso es que haya un ahorcado.

—Oh! en cuanto á esto, mossen, creo que no os faltará algun buen chico de la vida airada que podais mandar á la horca en lugar de este vuestro humilde servidor.

Y decia la verdad el miserable: no faltaban entónces facinerosos destinados á morir en el patíbulo; pero la justicia, aunque mucho mas espedita que no en el día, era muy lenta en sus trámites, y en aquel momento no habia verdaderamente en la cárcel ningun criminal con que se pudiese suplir á aquel que podia comprar á su verdugo y hasta á sus jueces.

Esta era una dificultad bastante árdua.

Empero no se detuvo en ella el ex-intendente; llegadas las cosas hasta el grado que se hallaban ya, lo único que le importaba era salvar su cabeza, y bien veia que lo conseguiria aumentando la suma con que habia de comprarla.

—Mossen,—dijo al preboste,—serán cuatro mil libras en escudos de oro de buena ley, y os encargareis de encontrar á algun villano que se pueda ahorcar en mi lugar.

—Esto no es tan fácil como pensais,—repuso el magistrado despues de haber reflexionado durante algunos instantes, pues será preciso leerle la sentencia por boca de un escribano, en presencia del verdugo, y aquel hombre no dejará de protestar á grito herido que él no es el que se menciona en ella; y aun cuando no dijera nada, sería necesario comprar al verdugo, que conoce á las gentes de la horca lo mismo que un palafrenero conoce á sus buenos y malos caballos; tambien habremos de hacer que se calle el padre confesor, y ya veis.....

—Vamos, pues, convendremos en cinco mil libras.

—Callad y verémos, dijo Capetal.

Aquella misma noche en que se hizo el convenio, el preboste, envuelto en su capa y con el sombrero bajado hasta las narices, entró en un barquillo á corta distancia del palacio de San Pablo y mandó al barquero lo condujera á la isla de San Luis, que era en aquella época una especie de pantano en que de trecho en trecho se elevaban unas cuantas chozas construidas con tierra y cubiertas con cañas viejas, y en las que vivian unos pobres pescadores. Estos infelices que esta-

ban devorados por calenturas malignas durante la mitad del año, tenian á veces que rendir ciertas cuentas á la justicia del rey, pues su penoso trabajo no bastaba para alimentar á sus familias, cuando este trabajo se mantenía en los límites de la legalidad. Fuertemente se empeñaban combates muy reñidos entre ellos y los agentes de la autoridad.

En uno de estos encuentros, uno de aquellos pescadores, llamado Pedro Chanoux, tuvo la desgracia de herir gravemente á un esbirro. Fué aprehendido y conducido á la cárcel; allí el desgraciado se entregó á la desesperacion; dejaba en su miserable cabaña á su muger, que habian debilitado privaciones de todas clases y á tres hijos de menor edad; no pudiendo soportar la idea de que esos seres desgraciados, en los que tenia concentrado todo su afecto, iban tal vez á morir de hambre, intentó ahorcarse en su calabozo.

Era la familia de aquel preso la que iba á visitar Capetal en medio de la oscuridad de la noche.

El preboste se habia dicho para sus adentros, que supuesto que aquel hombre se habia querido matar voluntariamente, cuando su muerte no podia ménos de empeorar la situacion de su familia, no vacilaria ciertamente para dejarse ahorcar de buen grado con tal de mejorar la suerte de su muger y de sus hijos á quienes tanto queria.....

Era con esta mira que Capetal se habia dirigido á la isla de San Luis.

Hizo que le indicaran la habitacion de Pedro Chanoux, y cuando hubo llegado, ofrecióse á su vista, como bien lo esperaba, un cuadro que hubiera conmovido á un hombre ménos cruel y egoista.

La madre y los hijos estaban tiritando de frio en una mala cama de cañas secas, y á la débil luz de una lámpara de barro que colgaba de la pared, estaban devorando ávidamente unos cuantos pedazos de pescado. Sacando entónces de debajo de su capa un bodigo de pan, y algunas otras provisiones que habia traído consigo el preboste, sin darse á conocer, las brindó á aquella mísera familia.

Cuando estuvieron todos saciados, continuó su obra de seducción.

—Muger,—dijo,—os he tomado á todos un grande afecto, y quiero que de hoy en adelante lleveis una vida ménos miserable que la que habeis tenido hasta ahora. Aquí teneis de pronto treinta sueldos parisienses; pero si quereis que yo os siga protegiendo, habeis de decirle á Chanoux que siga al pié de la letra todos los consejos que le dé, y para que así sea, entregadme alguna prenda que él sepa que os pertenece para que me conozca cuando lo vaya á ver como la persona que quiere hacerós algun bien. Y puso en efecto en la mano de la pobre muger el dinero de que estaba hablando.

Esta, cuando la permitieron hablar la emocion, la sorpresa y el júbilo inmenso que resentia, le dió las gracias y sacó de su dedo un anillo de plata que era la única alhaja que hubiese poseído en su vida.....

Era el anillo nupcial que habia recibido de manos de su marido y que éste no podia ménos de conocer al momento.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

Lo entregó á Capetal, y el cauteloso preboste se retiró recomendándole fuera al dia siguiente à ver al preso, en lo que nadie le pondria embarazo.

En efecto, al dia siguiente, la pobre muger llegaba al lado de su marido, y le refirió lo que habia acaecido la víspera conjurándole à seguir religiosamente los consejos de aquel hombre cuya milagrosa llegada habia arrojado un rayo de alegría en su miserable cabaña.

Chanoux estaba dotado de una de esas organizaciones delicadas y primitivas, que lanzan al hombre à obedecer los impulsos de su corazon, y à darles paso sobre los del espíritu.

—Muger,—le dijo,—bendito sea ese salvador, y ojalá pronto pueda venir à mí. Si en cambio, es preciso darle mi sangre y mi vida, se las daré con alegría, con tal que me asegure que no habrá hambre en mi antiguo asilo.

El desgraciado estaba léjos de imaginarse, que efectivamente su vida era lo que queria comprar el pretendido bienhechor; pero no debia tardar en saber à qué atenerse.

Apénas partió su muger para volver al lado de sus hijos, cuando fueron por el pescador para llevarle ante el preboste, quien inmediatamente le dijo que su negocio iba mal, porque el hombre à quien habia herido habia muerto, y que podia esperar que le ahorcaran.

—Mancebo,—añadió,—por tu muger y por tus hijos he tenido piedad de tí, y no ha consistido en mí que el rey nuestro señor le perdonase; pero monseñor Felipe está tan irritado, que me rechazó con furia.

—Pobre Teresa!—esclamó el preso.—No era hora de alegrarte!

—Sobre eso, mancebo, queremos y podemos tranquilizarte: hemos dado à tu muger una suma suficiente para sus presentes necesidades, y solo consiste en tí hacerla heredera de unos buenos veinte escudos de oro que vamos à contarte inmediatamente, y que le asegurará por medio del notario à quien vamos à llamar en el instante.

Ah! monseñor! que Dios os dé un lugar en el cielo si lo haceis así.

—Para eso solo ponemos una condicion, y es, que no diréis nada de lo que se ha dicho aquí, y que te dejarás ahorcar como hombre sin miedo, sufriendo, si llega el caso, que te llamen por otro nombre que no sea el tuyo.

—Monseñor, soy vuestro en cuerpo y alma, y os manifestaré que como un noble, un villano, puede cumplir su palabra. Veinte escudos de oro!..... Eso habeis dicho monseñor?

—Y no rebajamos nada con tal que obedezcas. Y aun te queremos probar que somos de buen consejo, y que no hemos esperado este dia para ayudarte, habiendo recibido esto en señal de reconocimiento, y te lo presentamos para que no dudes de nuestras buenas intenciones.

Y el miserable enseñó al preso el anillo de plata que debia hacerle reconocer como al bienhechor de quien le habia hablado su muger.

Esto no podia mas que afirmar la resolucion del desgraciado: ofreció al prebos-

te todo cuanto quiso, recibió la suma prometida, y despues de haber tomado todas las medidas convenientes para que se entregase íntegra à su muger, se preparó valerosamente à morir.

Al principio todo sucedió à satisfaccion de Capetal.

Mediante una suma igual à la que habia contado al pescador, se aseguró de la ayuda del verdugo, quien por otra parte le debia una obediencia absoluta.

Chanoux palideció al oír la lectura de la sentencia, entrevió una parte de la verdad, y pareció pronto à hablar; pero el preboste, que estaba presente, le enseñó el anillo de plata, y el desdichado se calló.

Ademas, qué le importaba que le ahorcaran por otro, puesto que, de todos modos, el preboste era dueño de su suerte, y que de todas maneras era segura su muerte?

Capetal fijó la hora de la ejecucion, luego puso la órden de poner en libertad à Pedro de Chanoux, el pescador, y habiendo hecho llevar à su casa al ex-intendente, cumplió esta órden por las cinco mil libras prometidas.

Dos horas despues, conducian à Chanoux à la horca....

El desgraciado no profirió ni una queja.....

Llegó al pié de la escalera, y subió sin vacilar....

El verdugo le pasó la cuerda por el cuello....

Y le lanzó en la eternidad!....

En ese momento, de en medio de la multitud que asistia à aquel espectáculo, salió un grito terrible.

En seguida se vió à una muger, que abriéndose paso por en medio de los arqueros gritaba:

—Chanoux!....es él....Dios mio!....Le han ahorcado por otro!.....Pedro! Cortad la cuerda!.....

Pero Pedro estaba muerto, y la pobre muger cayó desmayada.

Al separarse esa mañana de su marido, habia recorrido una parte de la ciudad para hacer algunas compras, y volvia al lado de sus hijos cuando, arrastrada por la multitud que creía asistir al suplicio del ex-intendente, se halló bastante cerca de la horca para reconocer à su marido.

Socorriéronla algunas mugeres del pueblo, recobró pronto el conocimiento, y gritó de nuevo que aquel à quien acababan de ahorcar era Pedro Chanoux.

Entonces se levantaron entre el pueblo grandes clamores: se oyó el grito de:

—Sus! Al verdugo!

Pero ya éste habia desaparecido, é ido à ver al preboste para darle parte de lo que acababa de suceder.

Capetal esclamó:

—Mala peste ahogue à esa perral.... Vamos, compadre, procura enterrar el cuerpo del villano, y àntes desfigúrale tan bien, que nadie pueda reconocerle.

El ejecutor se disponia à obedecer cuando nuevos gritos llegaron à sus oídos:

CAPILLA RECTORIAL
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

El preboste envió á ver lo que sucedía, y fueron á decirle que el pueblo se había apoderado del cadáver del ahorcado, y le llevaba hácia el Louvre gritando: justicia!

—Esto va malo,—dijo Capetal,—porque jamas hubo hombre tan amante á poner las cosas en claro, como monseñor el rey.

—Monseñor, mi opinion es, que no tenemos mejor cosa que hacer, sino escaparnos cada uno por nuestro lado.

—Y á dónde hallaré asilo seguro en esta ciudad en que cada uno me conoce! El verdugo reflexionó algunos instantes.

En seguida dijo:

—Monseñor, tomad apresuradamente todo cuanto teneis de oro y de plata, y divididlo en dos partes, á fin de que estemos igualmente cargados; mediante esto, os llevaré á un lugar donde vos y yo estemos bajo tan alta proteccion, que nada nos sucederá.

Estas palabras no eran sino medianamente tranquilizadoras, y Capetal no comprendía que en tal circunstancia hallase el verdugo una proteccion mas eficaz que él; pero como no podia elegir los medios, se resignó.

Así, pues, el tesoro del preboste fué dividido, y preparados así los dos miserables llegaron pronto cerca del hotel de Nesle.

—Traidor!—esclamó el preboste, viendo que su compañero se disponia á llamar á la puerta de aquella real habitacion,—me quieres entregar atado de piés y manos?

—No temais nada, monseñor; en ninguna parte podiamos estar tan seguros como aquí, porque estamos bajo la salvaguardia de la reina.

Llamó: la puerta se abrió: los dos entraron, y el verdugo pidió resueltamente ser llevado ante la reina.

Respondieronle que Juana no queria recibir á nadie.

—Esa orden no me comprende,—dijo,—y cuando digais á la reina que Landry, quien en otro tiempo fué fiel servidor de Orsini, tiene que decirle cosas importantes que ella sola puede oír, no dudo que inmediatamente nos mande llamar.

Juana era amada de sus servidores, porque segun se ha visto, habia cambiado completamente de humor y de conducta.

Se temió privarla de un aviso útil obedeciendo demasiado ciegamente sus órdenes, y fueron á decirle las palabras de aquel personage.

A los nombres de Orsini y de Landry, que no habia podido olvidar, la reina no pudo contener un movimiento de espanto, y sin embargo, dió orden de que intródujeran á aquel hombre, quien pronto compareció.

—Señora,—la dijo prosternándose á sus piés,—perdonad á vuestro indigno servidor que tenga bastante osadía para reclamar vuestra real proteccion.

—Escojeis muy ma,—respondió la reina,—porque no tengo ningun poder para serviros. Con todo, decid lo que quereis, para que os demos pruebas de nuestra buena voluntad.

—Señora, me llamo Landry, y de los servidores de Orsini yo era en quien el sábio médico tenia mas confianza. Ese hombre docto murió de mala muerte, y yo escapé por fortuna de los gendarmes, y para hallar un asilo seguro, me hice criado del verdugo de Paris....

Juana se levantó como impulsada por un resorte y retrocedió dos pasos.

—Señora y reina,—continuó Landry sin conmoverse,—tened la bondad de pensar que entónces obedecia yo á la necesidad, y que el trabajo que habia yo hecho aquí, me habia preparado para ser criado del verdugo.

—Maldito!—esclamó Juana,—has venido á desgarrarme el corazon con semejantes palabras.

—Señora, no es al rey á quien queremos decir tales cosas, aunque con buena voluntad quisiera oírlas, y que tal vez nos perdonaria, en razon de nuestra sinceridad, y á ménos que quisierais forzarnos á ello....

—Habla! habla!—dijo Juana, cuyos lábios palidieron y cuyas facciones se contrajeron.

—Señora, os diré, pues, que de servidor me he convertido en amo, y ahora tengo el cargo y el oficio del verdugo.

Juana retrocedió aún, mas espantada y casi desfalleciendo.

Por un instante creyó que iba á sonar su última hora.

Landry continuó:

—Ahora bien, señora y reina,—el verdugo no es infalible, lo mismo que los demas hombres, aun aquellos que descienden por línea real, y hoy ha sucedido que por error, y por orden del preboste que tambien anda errante, he ahorcado hasta que murió á cierto villano que por juicio debia ser puesto en libertad, mientras que salia libre el sentenciado á ir á la horca. Por esto el pueblo se ha conmovido y el rey se ha enojado mucho; y seguramente de orden suya seriamos ahorcados el preboste y yo, si vos no nos diérais un buen y seguro retiro en este hotel.

—Atras! atras!—esclamó Juana con estravío:—el verdugol.... El infierno! Dios mio! piedad! piedad!

Y le faltaron las fuerzas y cayó sobre un sillón.

Entonces Landry dejó la postura respetuosa que habia tomado, y alzando la cabeza como hombre que pasa del ruego á la amenaza, dijo audazmente:

—Voy á pedir perdon al rey, y como lo quiero completo por lo pasado y lo presente, confesaré altamente todos nuestros crímenes, siendo justo que no nos inquietemos por las gentes que nos abandonan.

Juana estaba en un estado espantoso.

Un temblor convulsivo agitaba todo su cuerpo; un sudor frio inundaba su rostro, anguloso y decrepito ántes de la edad.

Con todo, su razon no la abandonó: tocó una campanilla, y mandó que entrase el preboste, á fin de concertarse respecto del partido que habia que tomar en semejantes circunstancias.

Mientras tanto, el motin rugía del otro lado del agua, bajo los muros del

Louvre, donde la multitud había llevado el cadáver del ajusticiado. Quiriendo saber el rey de qué se trataba, mandó que se hicieran entrar y que le llevaran á algunos de los que parecían tener mas influencia en los grupos de que hacian parte, y pronto supo toda la verdad; porque ya el ex-intendente, que había escapado de la horca, había caído en manos del pueblo, y para disculparse del crimen que se le imputaba había dicho toda la verdad, protestando que al comprar al preboste su libertad, ignoraba que otro iba á ser ahorcado en su lugar, y acaso esto era cierto.

Pues bien; una de las grandes cualidades de Felipe el Largo, era el amor á la justicia.

Por una de las primeras ordenanzas que dió al subir al trono, prohibía á los maestros del parlamento, presidentes ú otros magistrados, interrumpir el curso de la justicia, bajo ningun pretesto.

Por un edicto mas notable aún, prohibió á los jueces tener consideraciones á las cartas misivas, aunque fuesen del mismo rey.

Un príncipe capaz de ponerse así en guardia contra sus propias debilidades no podia dejar impune semejante crimen; de ahí es que, saliendo al balcon, dió su palabra real de que se haria pronta y buena justicia, y que no tomaria reposo hasta que los culpables no fueran aprehendidos.

Esta captura era ménos difícil de lo que se podia creer al principio; porque sabiendo Felipe todo lo que puede la corrupcion en semejante materia, y queriendo que en todo tiempo pudiese llegar hasta él la verdad, había creado una especie de policia particular, que no dependia mas que de él mismo, y cuya mision era revelar toda falta de justicia, de esacciones, de violacion de los derechos, &c., á fin de que inmediatamente pudiese remediar el mal, y aplicar á los delinquentes un castigo ejemplar.

Para los que componian esa legión secreta, este caso era para dar pruebas de celo y no faltaron á él.

Uno había visto al verdugo refugiarse en casa del preboste.

Otro, á alguna distancia, había seguido al verdugo y al preboste hasta el hotel de Nesle; y un tercero, que había penetrado en el hotel, adquirió la certidumbre de que los dos habían llegado hasta la reina.

Todo eso fué muy pronto dicho á Felipe, quien se encolerizó demasiado al oír la narración de estos hechos, y en verdad que hombres mas prudentes que él, se habrían ecsasperado.

A ejemplo de Felipe el Bello, su padre, quiso sorprender á los culpables en flagrante delito, y apenas acababa el día, cuando bien acompañado, se presentó en el hotel de Nesle.

En ese instante, la reina Juana escuchaba al preboste Capetal, quien le manifestaba que teniendo un fin pronto todas las cosas violentas, convenia ocultarse para dejar pasar la borrasca, reservándose él, que estaba bien preparado, así co-

mo su compadre el verdugo, á hacer negociar por gentes espertas su vuelta á la gracia del rey.

Un poco tranquilizada, la reina pensaba en poner en lugar seguro á esos huéspedes molestos, lo cual parecia fácil en ese vasto hotel, del cual permanecia inhabitada una gran parte, cuando oyó estas palabras:

—El rey! el rey! repetidas cada vez mas cerca, aterrorizaron las almas de los tres personages.

—Estoy perdida!—esclamó Juana torciéndose los brazos,—ya llega mi última expiacion!

—Señora! señora!—dijo el preboste,—no os turbeis así, ú os perdeis con nosotros. ¿No hay aquí algun lugar cercano que nos pueda ocultar en seguida algunos instantes?

—Aquí! aquí!—dijo Juana con estravío abriendo la puerta de su oratorio. Los dos fugitivos se precipitaron en él.

Al mismo instante entró el rey.

—Señora,—dijo á Juana sin otro preámbulo,—si hemos rehusado hacer de este lugar un claustro para vuestro uso, no por eso hemos querido que volviere á ser un dia, como ántes, guarida de criminales y asesinos. Así, pues, os mandamos que nos entregueis inmediatamente á los malvados preboste y verdugo, á quienes sin pudor habeis hecho compañeros de la reina de Francia.

Juana desfallecia.
Sus rodillas se doblaban.

Las palabras del rey la manifestaban la imposibilidad de sustraer á los dos miserables de la cólera del monarca, y su espanto llegaba al colmo pensando en las revelaciones que podia hacer Landry, si no para salvarse, á lo ménos para vengarse de no haber sido eficazmente protegido.

—Sire,—dijo cayendo de rodillas y con una voz casi apagada,—no hemos llamado á esas gentes: ellas mismas han venido creyendo que teníamos algun favor cerca de vuestra persona, y diciendo que en su hecho no hay mas que error y no maldad. Sire, en esto no somos culpables sino de compasion y de caridad, y no creemos haber merecido vuestro enojo.

Felipe era demasiado amigo de la justicia para no comprender que en efecto, no podia haber en esto complicidad de parte de la reina, y sintió el arranque que había tenido.

—Queremos creer, señora,—dijo levantando á Juana; pero no es ménos doloroso para nos, vernos obligados á venir á aprehender semejantes gentes en vuestra residencia, donde, obrando prudentemente, no las hubierais recibido. Decidnos inmediatamente en dónde están, á fin de que acabe el escándalo.

Juana no podia ya hablar.

Con el dedo y con la mirada indicó la puerta de su oratorio, volvió á caer en su sillón, y se desmayó.

CAPILLA DE LONDRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Felipe, sin ocuparse mas de ella, la dejó en manos de sus damas, llamó á su capitán de guardias, y le mandó aprehender á los dos asesinos en el hogar en que se habian refugiado, lo cual fué hecho inmediatamente y en presencia del monarca.

Capetal estaba aterrizado, anonadado.

Se dejó aprehender sin decir ni una palabra.

Pero Landry no se mostrò tan manso.

—Sire,—esclamó pasando delante del rey, no os admiréis de verme en esta torre de Nesle, porque este lugar me fué otra vez familiar, y he visto en él cosas importantes á vuestro honor, las que diré si me concedéis la vida como debéis hacerlo, porque en lo que sucedió hoy, no he hecho mas que obedecer al preboste como es de mi deber.

La sorpresa de Felipe fué muy grande.

Su mirada, mas colérica que nunca, se volyó hacia Juana, quien felizmente para ella, aun estaba sin sentido.

En seguida, Felipe mandó que los dos presos fueran encerrados en la torre del Louvre, que servia de prision á las gentes arrestadas en esa real residencia, y de cuyos negocios se reservaba conocer el rey.

Al día siguiente les hizo comparecer ante él muchas veces.

Cómo intentó justificarse Capetal?

Qué reclamaciones hizo el antiguo servidor de Orsini?

Nadie lo supo.

Pero es premsuible que esas revelaciones fueron terribles para Juana, porque desde entónces fué estrechamente presa en el hotel de Nesle, sin que le fuera posible salir de él, ni aún para ir á otra parte de ese edificio, y el rey nunca quiso volverla á ver.

A pesar de todas esas revelaciones, fuesen de la naturaleza que fuesen, no salvaron á ninguno de los dos malvados cuyo crimen habia conmovido tanto al pueblo.

Los dos fueron ahorcados tres dias despues de su prision.

Pusiéronles mordazas ántes de conducirlos al suplicio, lo que hizo pensar que la autoridad real tenia algun interes en impedir que hablaran al pueblo.

El rey hizo avisar públicamente que los bienes del preboste eran dados por él á la familia del desgraciado Chanoux: esto acabó de calmar la irritacion popular, y pronto no se habló mas de ese asunto.

Poco tiempo despues (en 1321), murió Felipe V, dejando la corona á su hermano Carlos IV ó el Bello; pero este cambio de reinado no mejoró la suerte de Juana.

Por órden del nuevo rey, continuó tan estrechamente presa como ántes, y sus terrores y sus remordimientos aumentaron hasta su muerte que acació en 1329.

Por un artículo de su testamento hecho cuatro años ántes, mandaba que el

hotel de Nesle fuese vendido, y que el producto se consagrara á la fundacion de un colegio que se llamaria *Colegio de Borgoña*.

Es permitido creer que eso era un acto de expiacion, y que esa gran culpable, para disminuir un poco la intensidad de sus remordimientos, habia creído deber consagrar á las escuelas ese lugar, donde los desgraciados estudiantes habian sido sacrificados á sus placeres.

Sea de esto lo que fuere, el hotel de Nesle fué vendido en 1330 á Felipe de Valois, por la suma de 10.000 libras de buena y fuerte moneda.

Ese fué el último acto de ese largo drama, cuyo principal personaje fué Margarita de Borgoña; pero aun estaban reservadas otras manchas á ese hotel, y particularmente á esa torre de Nesle: veremos á dos siglos de distancia, á dos princesas, renovar en ese lugar las horribles escenas de desenfreno y de asesinato que hemos referido.

Veremos esa residencia habitada á su vez por Carlos el Malo, y por Isabel de Baviera, por la traicion y la lujuria personificadas, entregada al pillage y a la devastacion.

Dirémos su esplendor y su decadencia hasta su entera destruccion, á fin de que nuestra obra sea completa, y merezca la aceptacion que esperamos.

VIII.

El rey Juan en el hotel de Nesle.—Raoul, conde d'Eu y de Guignes, condestable de Francia, es encerrado en la torre de Nesle.—Condenacion y ejecucion de Raoul.—Carlos el Malo se apodera del hotel de Nesle.—Esplendor del hotel de Nesle, convertido en residencia del duque de Berry, cuñado de Carlos V.

Cuando Felipe de Valois, tío de Carlos el Bello, subió al trono, dió el hotel de Nesle á su hijo Juan, quien estableció en él su residencia ordinaria, lo embelleció, lo ensanchó considerablemente, é hizo de él una habitacion verdaderamente digna de un rey.

Desde entonces fué un palacio, como lo llama Sauval (1); pero sin embargo, conservó el nombre de hotel de Nesle.

De 1328 á 1350 que duró el reinado de Felipe de Valois, no pasó nada de

[1] *Antigüedades de Paris*, tomo II.